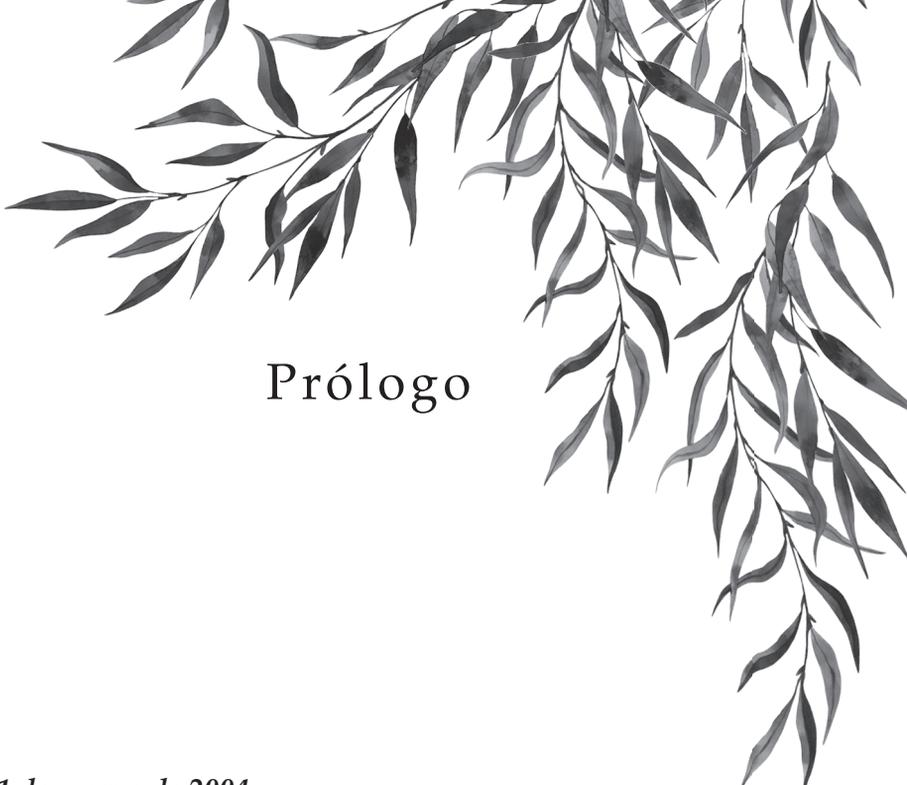


DUNA
ALBA

Kylewood
ACADEMY

Besties

Books



Prólogo

11 de marzo de 2004

—Me... me muero.

Amara encontró a Anna pálida, con la frente perlada de sudor. Se protegía bajo un paraguas ámbar de la lluvia torrencial que caía sobre un pueblo costero del sur. Apenas había amanecido, el aire soplaba con fuerza y hacía bailar la falda de la mujer que tenía en frente. Alguien a quien adoraba como a una hija, como a una nieta... Como parte de su familia: la única que le quedaba.

Amara cogió su mano y la alentó a entrar. Le quitó el peso que cargaba en los brazos: carpetas, archivadores, bolsas llenas de folios desordenados y arrugados, y lo dejó todo sobre la pequeña caja de madera que había convertido en una peculiar mesa tras darle un baño de pintura y colocarla delante del sofá. Con delicadeza, la ayudó a acomodarse entre los cojines.

—Llevo toda la noche buscando —indicó agotada, y se incorporó para esparcir los papeles que había traído con-

sigo. Algunas hojas estaban empapadas y el temblor de sus manos estuvo a punto de rasgarlas—. Nada. No he encontrado nada. He fallado, Amara. —Se llevó la mano derecha al corazón y un par de lágrimas escaparon de sus ojos—. Puedo sentirlo. Las luces de un montón de personas se están apagando y... se llevan la mía consigo.

Amara apretó los dientes y acercó una silla. Tomó asiento y comenzó a revisar el revoltijo de papeles. Composiciones, documentos oficiales, planificaciones diarias... Incluso había varias listas de la compra. La desesperación podía palparse en el ambiente, entremezclada con un gusto amargo que le resultaba familiar: resignación.

El gato anduvo sigiloso por el respaldo del sofá y se colocó al lado de la recién llegada, que en ese momento se secaba la frente con un pañuelo. Ella le regaló un par de caricias tratando de reprimir el dolor punzante de su pecho. Sin embargo, a Amara no podía ocultárselo, el destello de colores en sus ojos aparecía y desaparecía de forma constante, prueba de que el fin se acercaba a pasos agigantados.

El estruendo de un trueno les hizo dar un respingo.

—He fallado —repitió. Sus pensamientos se lo reprochaban en bucle, sin descanso—. No encontré a esa persona y ahora...

—Tenemos tiempo. Podemos detenerlo, Anna. —Las palabras de Amara eran una mentira y ella lo sabía, pero la esperanza debía mantenerse hasta el final, o al menos eso era lo que había aprendido a lo largo de su vida—. Solo tenemos que descubrir qué es lo que ha ocurrido.

Amara agarró el mando de la televisión, la encendió y no se detuvo a elegir un canal concreto. La situación era grave. El estado de Anna y la repentina tormenta auguraban una catástrofe, una de magnitudes considerables que debía de estar en todas las cadenas. No hizo falta esperar,

pues, tal y como pensaba, nada más iluminarse la pantalla los informativos se hacían eco del suceso: «Se ha producido una masacre en Madrid. Hasta el momento más de 173 muertos y casi 900 heridos...».

Silencio.

Guardaron silencio durante unos minutos mientras la lluvia golpeaba los cristales y las desoladoras imágenes abrían una brecha en sus corazones.

Amara puso fin a la noticia apretando el botón rojo y se giró hacia Anna. Ella quiso mostrar entereza. Serenidad. Pero no era tan buena actriz. ¿Cómo mostrar entereza cuando había vuelto a romper su promesa? ¿Cómo reflejar serenidad cuando el ser al que amaba estaba a punto de morir? Las mejillas de Anna estaban tan pálidas que dudaba de que todavía corriera sangre por sus venas.

Amara encendió la estufa de gas que tenía en el rincón y la acercó al sofá. Sintió el peso de los años sobre su espalda mientras movía la estufa. Estaba acostumbrada a no ser tan ágil como antaño, a su pelo blanco como la nieve y a las arrugas que dibujaban surcos en su cara. El tiempo la había preparado para todo eso, le había permitido habituarse a ser como era, pero jamás existiría tiempo suficiente para aceptar el adiós eterno.

El tictac del reloj llamó su atención con su leve sonido. Se fijó en el péndulo y siguió sus movimientos con la mirada. Había llegado el momento de la despedida. Debería estar acostumbrada, no era la primera vez que lo vivía, aunque eso no le restaba dolor. Llevaba toda la vida luchando contra ello, repitiéndose a diario que esa vez lo lograría. Que podría detener el proceso sin llegar a mancharse las manos de sangre. Y, una vez más, la realidad se mostraba fría y despiadada, porque no podía hacer nada. Ese corazón que tenía delante pronto dejaría de latir.

Un gruñido de dolor obligó a Anna a doblarse sobre los cojines. Amara se sentó a su lado y le apartó los mechones empapados de sudor de la cara.

—¿Así fue como ocurrió la última vez? —Apenas fue un murmullo cansado lo que escapó de los labios de Anna.

Amara se masajeó las sienes. Las palabras de Anna estaban tintadas de cansancio, de resignación. Amara sabía que se refería a aquel fatídico día de 1986 del que nunca había querido hablar. No había razón para ello. Al fin había logrado comprender cómo actuaba esa especie de maldición y guardaba la esperanza de poder evitar el fatídico desenlace, tenía que hacerlo. Lo había jurado mirando a esa niña que estaba perdiendo a su madre. Esa niña que, dieciocho años después, estaba despidiéndose del mundo en su sofá.

Otra vez.

El gato maulló y sacó a Amara de sus recuerdos.

—No. No es igual. Tienes que tranquilizarte, Anna. —Le ofreció un vaso de agua tratando de mostrar entereza. Su aspecto envejecido y delicado, lejos de hacerla parecer débil por el paso de los años, la cargaba de fuerza. De determinación—. No sabemos la cantidad exacta de personas que... Lo que ocurrió en el ochenta y seis fue una catástrofe de magnitudes incalculables.

—Mi madre murió ese mismo día. Me dejó sola y ahora yo... Yo también tengo a mi pequeña. —Su voz, como un lamento, le partió el alma.

—La verás crecer.

—No me mientas... —suplicó Anna con un hilo de voz.

—No lo hago. —Amara no la miró. No podía. Se centró en revolver los documentos de la mesa en busca de algo más, un suceso próximo que detener, cualquier cosa que pudiese contrarrestar parte de lo que se estaba llevando su vida.

—Nunca nos hemos mentido, Amara. Por eso decidiste no contarme sobre el día de la muerte de mi madre, el día que ocurrió el terrible accidente nuclear de Chernóbil. Si guardaste eso bajo llave para no mentirme, no lo hagas ahora —le dijo con la sonrisa más triste que la mujer había visto—. Solo te pido que la cuides. No permitas que ella también pase por esto.

Ahí estaba de nuevo esa promesa. La misma que llevaba haciendo toda la vida. La misma que no dejaba de romper una y otra vez.

—Anna...

—Prométemelo, Amara. No puedo pedírselo a nadie más, lo sabes. Mi marido la adora, será lo único que le quede y yo nunca he tenido el valor de decirle la verdad.

—Deberías haberlo hecho. Tiene derecho a entender...

—Recuerda que no podemos... Solo me quedas tú; si mi niña llegase a verse en esta situación, Guzmán enloquecería. Se culparía a sí mismo y esa culpa lo devoraría. No comprendería que es algo que escapa a su control.

—Ni siquiera sabemos si la pequeña es...

—Lo es. —Anna se recostó en los cojines, agotada. El gato se acomodó en su regazo—. Algo en mi interior me lo dice. Prométemelo. Prométeme que no permitirás que le ocurra esto a Sophie.

